

# LOS GUERREROS DE DIOS

## Títulos de Andrzej Sapkowski

La Saga de Geralt de Rivia

*El último deseo*

*La espada del destino*

*La sangre de los elfos*

*Tiempo de odio*

*Bautismo de fuego*

*La torre de la golondrina*

*La dama del lago*

*Camino sin retorno*

Trilogía de las Guerras Husitas

*Narrenturm*

*Los guerreros de Dios*

*Lux perpetua* (en preparación)

*Víbora* (en preparación)

*La tarde dorada* (edición ilustrada)

Andrzej Sapkowski

# Los guerreros de Dios

Traducción de

Fernando Otero Macías

(con la colaboración de José María Faraldo)



*El mundo, nobles señores, echose a andar en los últimos tiempos y se nos ha vuelto más grande. Pero a la vez ha menguado.*

¿Os reís? ¿Pensáis que tal cosa es puro disparate? ¿Que lo uno lo otro niega? Ahora mismo os mostraré que esto no es así, en absoluto.

Tened la bondad, honorables señores, de mirar por la ventana. Decidme: ¿qué es lo que puede verse a través de ella? ¿Hasta dónde se extiende la vista? Hasta las cuadras, responderéis sin faltar a la verdad, o incluso hasta las letrinas que están por detrás de las cuadras. Pero, os pregunto ahora: ¿qué hay más allá, pasadas las letrinas? Fijaos que, si le hiciera esta pregunta a la moza que en traernos las cervezas se afana, responderá que más allá de las letrinas hay una rastrojera, detrás de la rastrojera el corral de Jachym, detrás del corral una carbonera, y más allá puede que esté ya Kozolupa la Menor. Si le pregunto a nuestro tabernero, que algo más instruido es, añadirá que no acaba ahí el mundo, que tras de Kozolupa la Menor está también Kozolupa la Mayor, y luego el caserío de Kocmyrów, y tras Kocmyrów la aldea de Lazy, y después de Lazy viene Goszcz, y allende Goszcz seguramente está Twardogóra. Mas daos cuenta de que, si interrogo a alguien con más luces —a alguno de los presentes, por ejemplo—, iremos a parar aún más lejos de nuestras cuadras, de nuestras letrinas y de una y otra Kozolupa, pues las mentes más preclaras de sobra saben que el mundo tampoco termina en Twardogóra, sino que más allá están Olesnica, Brzeg, Niemodlin, Nysa, Glubczyce, Opava, Novy Jicin, Trencín, Nitra, Esztergom, Buda, Belgrado, Ragusa, Ioánnina, Corinto, Creta, Alejandría, El Cairo, Menfis, Ptolemaida, Tebas... ¿Y bien? ¿No crece el mundo? ¿No se nos vuelve cada vez más grande?

Pero eso no es todo. Pues si pasamos Tebas, Nilo arriba, por donde éste fluye bajo el nombre de río Guijón desde sus fuentes en el paraíso terrenal, llegaremos a las etiópicas tierras, más allá de las cuales, como es bien sabido, encuéntranse los desiertos de Nubia, el ardiente país de Kush, la muy rica en oro Ofir y la inconmensurable *Africae Terra, ubi sunt leones*. Y ulteriormente el océano, que baña la tierra toda. Pero es que también en ese océano hay islas, como Cathay, Taprobana, Bragina, Oxidrata, Gynosophe y Cipango, donde el clima es portento-

samente propicio y las piedras preciosas abundan por doquier, según escriben sabios como Hugo de San Víctor y Pierre d'Ailly, o como sir Jehan de Mandeville, quien con sus propios ojos contemplara aquellas todas maravillas.

Así pues, como hemos visto, en el lapso de los últimos dos siglos ha crecido el mundo de muy considerable modo. Pero esto ha de entenderse en el sentido adecuado. Pues, aunque la sustancia del mundo, como tal, no ha crecido, sí que lo han hecho, ciertamente, los nuevos nombres.

¿Y cómo, preguntaréis, podrá compadecerse todo esto con la aseveración de que el mundo está menguando? Ahora mismo pasaré a demostrároslo. Pero, he de advertiroslo de antemano, no quiero oír chanzas ni ocurrentes comentarios, pues nada de cuanto me dispongo a decir es producto de mi fantasía, sino que son saberes sacados de los libros. Y nada bien está burlarse de los libros; al cabo, para que existan, alguien ha tenido antes que echar el bofe.

Como es sabido, nuestro mundo es un cacho de tierra, con forma de tortita redonda, enteramente rodeado por el océano y en cuyo centro se encuentra Jerusalén. Su extremo occidental lo componen las columnas de Hércules, Calpe y Abila, con el estrecho de Gades entrambas.

Por el mediodía, como explicaba hace un momento, el océano se extiende más allá de África. En las regiones australes, la *India inferior*, sometida al preste Juan, así como los dominios de Gog y de Magog, marcan los límites de la tierra firme. En la parte septentrional del mundo, el último retazo de tierra es la llamada Última Thule; en cambio, allí *ubi oriens ungitur aquiloni*, se extiende el país de Mogal, es decir, Tartaria. Con todo, por el oriente el mundo termina en el Cáucaso, un poco más allá de Kiev.

Pero llegamos ya al meollo de la cuestión. O lo que es lo mismo, a los portugueses. Y más concretamente al infante Enrique, duque de Viseu, hijo del rey Juan. Portugal, no hay por qué ocultarlo, no es un reino grande en demasía; el infante, aunque hijo de rey, está el tercero en la cola, así que no es de extrañar que, desde su residencia de Sagres, dirigiera su mirada más a menudo y con mayores anhelos hacia el mar que hacia Lisboa. Reunió en Sagres a astrónomos y cartógrafos, a sabios judíos, a navegantes y capitanes, a constructores navales. Y así empezó la cosa.

En el Año del Señor de 1418, el capitán João Gonçalves Zarco llegó a las islas conocidas como *Insulas Canarias*, cuyo nombre se debe a la extraordinaria cantidad de canes allí atestiguados. Poco más tarde, en 1420, el propio Gonçalves Zarco, en compañía de Tristão Vaz Teixeira, navegó hasta otras islas a las que bautizaron como Madeira. En 1427

las carabelas de Diogo de Silves avistaron unas islas que llamaron Azores; por qué las llamaron así, sólo Dios y el propio Diogo sabrán. Hace escasos años, en 1434, otro portugués, Gil Eanes, navegó hasta el cabo Bojador. Y corren los rumores sobre las nuevas empresas que andará preparando el infante Dom Henrique, a quien algunos empiezan a llamar *O Navegador*, El Navegante.

En verdad son dignos de admiración tales marinos y en gran estima deben ser tenidos. Varones son que no conocen el miedo. Pues espanto da el pensar en adentrarse en el océano con el viento en las velas. Allí todo son tormentas y aguaceros, rocas submarinas, montañas magnéticas, mares agitados y pegajosos; los torbellinos son continuos; cuando no hay torbellinos, toca soportar turbulencias; cuando no hay turbulencias, fuertes corrientes. Aquello está infestado de criaturas monstruosas, ya sean dragones acuáticos, sierpes marinas, tritones, hipocampos, sirenas, delfines o platijas. Pululan por esos mares toda clase de *sanguissugae*, *polypi*, *octopi*, *locustae*, *cancri*, *pistrix* et *huic similia*. Pero lo más aterrador se encuentra en los extremos, pues allí donde el océano termina, más allá de su borde, da comienzo el infierno. ¿Por qué creéis, si no, que el sol poniente se torna tan rojo? Pues porque refleja las llamas infernales, ni más ni menos. Todo el océano, además, está sembrado de agujeros; cuando una carabela, en un descuido, pasa navegando sobre uno de estos agujeros, se precipita sin más al infierno, a todo trapo, entera y verdadera. Se ve que fue creado de tal modo para disuadir a los mortales de navegar por los océanos. El infierno es el castigo que aguarda a quienes quebrantan los preceptos.

Mas eso, por lo visto, no detiene a los portugueses.

Y es que *navigare necesse est*, y al final del horizonte hay islas y tierras que esperan a ser descubiertas. Es preciso situar en el mapa la lejana Taprobana, describir en los *roteiros* la ruta hasta el enigmático Cipango, señalar en los portulanos las *Insole Fortunate*, las Islas Afortunadas. Hay que navegar más lejos, siguiendo la estela de San Borondón, la estela de los sueños, hacia Hy Breasil, hacia lo desconocido. Para que lo desconocido se vuelva conocido y cercano.

Ved pues —*quod erat demonstrandum*— cómo el mundo se nos achica y encoge, pues poco falta ya para que todo él aparezca en los mapas, en los portulanos y *roteiros*. Y así, de pronto, todos estaremos cerca de todos.

Está menguando el mundo y, por añadidura, es cada vez más pobre en una cosa: en leyendas. Cuanto más lejos lleguen las carabelas portuguesas, cuantas más islas y más tierras sean descubiertas, menos leyendas irán quedando. Cada día que pasa hay alguna que se disipa como el humo. Nos estamos quedando sin sueños. Y, cuando muere el

sueño, la oscuridad se apodera del lugar que aquél ha dejado huérfano. Pero en la oscuridad, principalmente cuando la razón, además, está dormida, enseguida se despiertan los monstruos. ¿Cómo? ¿Que eso ya lo ha dicho alguien? ¡Mi buen señor! ¿Acaso hay algo que no se haya dicho ya con anterioridad?

Vaya, pero si tengo la garganta seca... ¿Que si rechazaría una cerveza? No, no, de ninguna manera.

¿Qué decíais, piadoso hermano de la orden de Santo Domingo? Ah, sí, que ya va siendo hora de dejarse de divagaciones y volver a la historia. A Reynevan, a Scharley, a Sansón y a los otros. Tenéis mucha razón, hermano. Ya es hora. A eso iba.

Corría el Año del Señor de 1427. ¿Os acordáis de lo que trajo consigo aquel año? Y tanto. No es cosa que se olvide fácilmente. Pero os lo voy a recordar.

En la primavera de dicho año, quizá hacia marzo, mas de seguro antes de la Pascua, promulgó el papa Martín V la bula *Salvatoris omnium*, en la que proclamaba la necesidad de acometer una nueva cruzada contra los heréticos checos. En lugar de Giordano Orsini, un indolente cuya necedad le cubría de infamia, el papa Martín nombró cardinal y legado *a latere* a Henri de Beaufort, obispo de Winchester y hermanastro del rey de Inglaterra. Beaufort, muy diligente, puso manos a la obra. Al punto se organizó la cruzada que a sangre y fuego había de castigar a los apóstatas husitas. Preparose con sumo cuidado la expedición; hizose abundante provisión de dinero, cuestión primera en toda guerra. En esta ocasión, oh sorpresa, nadie metió la mano en la caja. Conjeturan algunos cronistas que los cruzados se habían vuelto más honrados. Otros opinan, llanamente, que la vigilancia había mejorado.

La Dieta de Frankfurt eligió como caudillo de los cruzados a Otto von Ziegenhain, arzobispo de Tréveris. Se convocó a quien se pudo, bajo las enseñas y armas de la cruzada. Y muy pronto estuvieron listos los ejércitos. Allí acudió con sus huestes Federico Hohenzollern el Viejo, elector de Brandeburgo. Estaban presentes los bávaros, mandados por el príncipe Enrique el Rico; estaba el elector palatino Johann de Neumarkt y un su hermano, el también elector palatino Otto de Mosbach. Acudió al punto de encuentro el jovencísimo Federico Wettin, hijo de Federico el Pendenciero, que ya chocheaba. Se presentaron —cada uno acompañado de poderosas mesnadas— Raban von Helmstett, obispo de Speyer, Anzelm von Nellingen, obispo de Augsburgo, Friedrich von Aufsess, obispo de Bamberg, Johann von Brun, obispo de Würzburg, Depolt de Rougemont, arzobispo de Besanzón. Acudieron ejércitos de Suabia, de Hesse, de Turingia, de las ciudades norteñas de la Hansa.

La cruzada se puso en marcha a comienzos de julio, una semana después de San Pedro y San Pablo, cruzó la frontera y se adentró en las tierras de Bohemia, dejando a su paso un rastro de cadáveres y de incendios. Un miércoles, víspera de Santiago, los cruzados, contando con el apoyo del *landfryd* católico checo, llegaron a las puertas de Stríbro, residencia del señor husita Pribík de Klenová, y asediaron el castillo, sometiéndolo a un fuerte castigo con sus pesadas bombardas. No obstante, el señor Pribík resistía con bravura y no tenía intención alguna de capitular. El asedio se prolongaba y el tiempo corría. El *kurfürst* de Brandeburgo, Federico, se impacientó: ¡Valiente cruzada!, gritaba, propuso avanzar sin demora, atacar Praga. Praga, se desgañaba, es el *caput regni*, quien tiene Praga tiene Bohemia...

Muy caluroso, tórrido, fue el verano de 1427.

Y a esto, diréis, ¿qué pasaba con los guerreros de Dios? ¿Qué pasaba con Praga?

Praga...

Praga apestaba a sangre.

## Capítulo primero

*En el que Praga apesta a sangre, a Reynevan lo vigilan, y después —y sucesivamente— se aburre de la rutina, rememora, añora, festeja, lucha por la vida y se zambulle en las sábanas. Y, al fondo, la historia de Europa da brincos, hace cabriolas y chilla en las curvas.*

Praga apestaba a sangre.

Reynevan se olisqueó ambas mangas de la almilla. Acababa de abandonar el hospital, y en el hospital —como pasa siempre en un hospital— a casi todos los pacientes los sangraban y les sajaban regularmente las llagas, y hasta las amputaciones se llevaban a cabo con una frecuencia digna de mejor causa. La ropa podía haberse impregnado de ese hedor, no habría tenido nada de raro. Pero la almilla despedía únicamente olor a almilla. Y a nada más.

Levantó la cabeza, venteó. Toda la noche, desde la margen izquierda del Moldava, le había llegado el aroma de las hierbas y los sarmientos que estaban quemando en jardines y viñedos. Además, venía desde el río un olor a limo y a desechos: hacía un calor sofocante, el nivel del agua era muy bajo, las orillas descubiertas y los cauces resecos desde hacía ya tiempo proporcionaban a la ciudad unas sensaciones olfativas memorables. Pero, con todo, no era el limo lo que apestaba de ese modo. Reynevan estaba seguro.

Una brisa ligera y cambiante soplaba de vez en cuando desde el este, desde la Puerta del Río. Desde Vítkov. Y la tierra que estaba al pie de la colina de Vítkov podía, desde luego, exhalar olor a sangre. Bien se había empapado de ella.

Aunque seguramente tampoco era eso. Reynevan se ajustó al hombro la correa del bolso y echó a andar calle abajo con brío. No, era imposible que el olor a sangre viniera de Vítkov. Lo primero, porque estaba demasiado lejos. Lo segundo, porque la batalla había tenido lugar en el verano de 1420. Hacía siete años. Siete largos años.

Dejó atrás, marchando con energía, la iglesia de la Santa Cruz. Pero el hedor a sangre no remitía. Todo lo contrario. Se hacía más fuerte. De repente, para variar, empezó a llegar desde el oeste.

Ajá, pensó, mirando hacia el gueto cercano. La piedra no es como la tierra, los viejos ladrillos y la argamasa tienen muy buena memoria, en ellos se preservan muchas cosas. Lo que allí penetra sigue apestando largo tiempo. Y en ese barrio, junto a la sinagoga, en los callejones y en las casas, la sangre se había vertido en abundancia, más aún que en Vitkov. Y en tiempos algo más recientes. En 1422, durante aquel sangriento pogromo, en medio de los disturbios que estallaron en Praga a raíz de la ejecución de Jan Zelivsky. Enfurecido por la decapitación de su amado tribuno, el pueblo de Praga se levantó con ánimo de vengarse, dispuesto a incendiar y matar. Como suele ocurrir, la peor parte en aquella ocasión se la llevó el barrio judío. Los judíos no habían tenido nada que ver con la muerte de Zelivsky y no eran en absoluto responsables de su destino. Pero eso, ¿a quién le importaba?

Reynevan torció por detrás del cementerio de la Santa Cruz, pasó cerca del hospital, salió al Mercado Viejo de Carbón, atravesó la plazuela y se adentró por los pasajes y los angostos callejones que desembocaban en Dlouhá Trída. El olor a sangre se disipaba, moría en el mar de los restantes olores. Y es que los pasajes y los callejones apestabán a todo lo imaginable.

En cambio, la calle Dlouhá Trída lo recibió con un intenso olor a pan sencillamente embriagador. En los tenderetes de los panaderos, en mostradores y tiendas, hasta donde la vista alcanzaba, resplandecían orgullosos y fragantes los célebres panes de Praga. Aunque había desayunado en el hospicio y no tenía hambre, no fue capaz de contenerse: en la primera tahona que vio se compró dos panecillos recién horneados. Los panecillos, que allí llamaban *calty*, tenían una forma erótica tan sugestiva que Reynevan estuvo un buen rato deambulando por Dlouhá Trída como si flotara en un sueño, chocando con los tenderetes, sumido en sus pensamientos de Nicoletta, tórridos como el viento huracanado del desierto. De Catalina Biberstein. Entre la gente que pasaba, con la que se topaba y a la que empujaba sin darse ni cuenta, había un buen número de vecinas de Praga, de distintas edades, sumamente atractivas. No se fijaba en ellas. Se disculpaba distraído y seguía su camino, mordisqueando de vez en cuando una *calta* y clavando la vista en el panecillo como si estuviera embrujado.

La plaza de Staré Mesto le hizo volver en sí con su olor a sangre.

Ajá, pensó Reynevan, terminándose la *calta*, aquí sí que podría ser y no tendría nada de raro. Para estos adoquines la sangre no es nada nuevo que digamos. A Jan Zelivsky y a sus nueve camaradas los ajusticiaron aquí mismo, en el ayuntamiento de Staré Mesto, después de haberles perdonado la vida aquel lunes de marzo. Cuando, tras la alevosa ejecución, se fregó el pavimento del ayuntamiento, chorros de espuma roja manaron por debajo de las puertas, y dicen que llegaron

hasta la picota que se alzaba en mitad de la plaza, donde formaron un enorme charco. Poco después, cuando las noticias de la muerte del tribuno despertaron en Praga aquel estallido de furia y aquel afán de venganza, la sangre corrió por todos los sumideros de los alrededores.

Algunos grupos se dirigían hacia Nuestra Señora de Tyn, la gente se agolpaba en la semibóveda que conducía a las puertas del templo. Va a predicar Rokycana, pensó Reynevan. Valdría la pena escuchar lo que Jan Rokycana tenga que decir, pensó. Siempre han sido interesantes los sermones de Jan Rokycana. Siempre. Y más aún en estos tiempos, cuando el llamado curso de los acontecimientos suministra temas en abundancia para la predicación, y a un ritmo, además, alarmante. No falta de qué predicar, claro que no. Y valdría la pena escucharlo.

No tengo tiempo, cayó en la cuenta. Hay asuntos más urgentes, pensó. Y hay un problema.

Resulta que me están siguiendo.

Ya hacía un buen rato que Reynevan se había dado cuenta de que le andaban siguiendo. Nada más salir del hospicio, junto a la Santa Cruz. Los que le seguían eran bastante listos, no se dejaban ver, se escondían con mucha destreza. Pero Reynevan lo había advertido. No era la primera vez.

Sabía —en principio— quiénes se dedicaban a seguirle y a las órdenes de quién estaban. Aunque eso no tenía mayor importancia.

Tenía que darles esquinazo. Contaba incluso con un plan.

Entró en el Mercado de Ganado —populoso, ruidoso y pestilente—, se mezcló con el gentío que se dirigía hacia el Moldava y el puente de piedra. Quería perderse de vista, y en el puente, un estrecho cuello de botella, un paso angosto que unía Staré Mesto con Malá Strana y Hradcany, entre el barullo y el tumulto, había más oportunidades para desaparecer. Reynevan iba corriendo, sorteando a la gente, chocándose con los viandantes y llevándose insultos de todo el mundo.

—¡Reinmar! —Una de las personas con las que se topó, en vez de dedicarle un «hijoputa», como tantos otros, le saludó por su nombre de pila—. ¡Bendito sea Dios! ¿Cómo tú por aquí?

—Pues ya ves, aquí estoy. Oye, Radim... Por el amor de Dios, ¿cómo huele tan mal?

—Es esto. —Radim Tvrđik, un hombre bajo y no muy joven, señaló el cubo que llevaba—. Es arcilla y limo. De la orilla del río. Lo necesito para... ya sabes para qué.

—Ya lo sé. —Reynevan miró a su alrededor, intranquilo—. ¡Y tanto!

Radim Tvrđik era, como sabían todos los iniciados, un nigromante.

Además estaba, como sabían algunos iniciados, obsesionado con la idea de crear un hombre artificial, un golem. Todos —hasta los apenas iniciados— sabían que el único que había conseguido crear un golem, en tiempos ya muy lejanos, había sido cierto rabino de Praga a quien los documentos conservados le atribuían el nombre, probablemente falso, de Bar Halevi. Según la leyenda, para construir el golem ese antiguo judío se había servido de materiales como la arcilla, el limo y el lodo extraídos del fondo del Moldava. Tvrdik sostenía en solitario la opinión de que el elemento que activaba el proceso no eran los rituales y los conjuros, bien conocidos por otra parte, sino determinada conjunción astral que ejercía su influjo sobre el limo y la arcilla empleados, sobre sus propiedades mágicas. Pero como no tenía ni idea de cuál sería, en concreto, la disposición de los planetas que podría servir, Tvrdik procedía de acuerdo con el método de ensayo y error: recogía arcilla tan a menudo como podía, con la esperanza de dar alguna vez con la conjunción adecuada. Además, recogía la arcilla en distintos puntos. Ese día, no obstante, se le había ido la mano: a juzgar por el olor, tenía que haberla cogido en algún cagadero.

—¿Hoy no trabajas, Reinmar? —preguntó, enjugándose el sudor de la frente con el dorso de la mano—. ¿Cómo es que no estás en el hospital?

—Me he tomado el día libre. No había nada que hacer. Un día tranquilo.

—Quiera Dios —el mago dejó el cubo en el suelo— que no sea el último así. Porque con los tiempos que corren...

En Praga todo el mundo sabía a qué se refería, qué clase de tiempos eran aquéllos. Pero preferían no hablar de esas cosas. Las frases se dejaban a medias. Dejar las frases a medias se había convertido de buenas a primeras en un hábito muy extendido, era la moda. Como respuesta a esa clase de reticencias, la costumbre exigía poner una cara muy seria, suspirar y sacudir la cabeza de un modo muy expresivo. Pero Reynevan no tenía tiempo para esas cosas.

—Sigue tu camino, Radim —dijo, mirando en torno—. No puedo quedarme aquí. Y sería mejor que tú tampoco te quedaras.

—¿Eeeh?

—Me andan siguiendo. Por eso no puedo ir a la calle Soukenická.

—Te andan siguiendo —repitió Radim Tvrdik—. ¿Los mismos de siempre?

—Seguramente. Hasta la vista.

—Espera.

—¿Por qué?

—No es una buena idea echar a correr como un loco.

—¿Y eso?

—Para los que te siguen —explicó el checo con absoluta lucidez—, si echas a correr, es señal evidente de que te remuerde la conciencia y tienes algo que ocultar. El que se pica ajos come. Me parece muy sensato que no vayas a Soukenická. Pero no salgas pitando, no pierdas el rumbo, no te escondas. Haz lo que hagas siempre. Tus tareas cotidianas. Aburre a los que te vigilan con tu aburrida rutina diaria.

—¿Por ejemplo?

—Tengo la garganta seca de coger arcilla. Vamos a la taberna del Cangrejo. A tomar unas cervezas.

—Me siguen —le recordó Reynevan—. No tienes miedo de que...

—Miedo —el hechicero recogió su cubo—, ¿de qué iba a tener miedo?

Reynevan suspiró. No era la primera vez que le cogían por sorpresa los magos de Praga. No sabía si se trataba de una admirable sangre fría o, sencillamente, de falta de imaginación, pero el caso es algunos hechiceros locales a menudo no parecían asumir el hecho de que para quienes practicaban la magia negra los husitas podían ser aún más temibles que la Inquisición. El *maleficium*, la hechicería, se incluían entre los pecados mortales, castigados —según ordenaba el cuarto artículo de Praga— con la muerte. Y los artículos de Praga los husitas no se los tomaban a broma. En este terreno, los propios calixtinos de Praga, que se consideraban moderados, no se quedaban por detrás de los radicales taboritas y de los fanáticos Huérfanos. Si atrapaban a un hechicero, lo metían en un barril y lo quemaban en la hoguera.

Regresaron en dirección a la plaza, cruzaron la cuchillería, después la calle de los orfebres, pasaron junto a la iglesia de San Gil. Iban despacio. Tvrdik se detuvo en algunos puestos, intercambió algunos chismorreos con comerciantes conocidos. Como era habitual, dejaron varias veces a medias la frase: «Ahora, con los tiempos que corren...», y, a modo de respuesta, ponían una cara muy seria, suspiraban y sacudían la cabeza de un modo muy expresivo. Reynevan miraba a todas partes, pero no pudo ver a quienes lo andaban siguiendo. Se ocultaban a la perfección. No sabía lo que sentirían ellos, pero a él aquella pesada rutina empezaba a aburrirle de un modo insoportable.

Menos mal que enseguida, nada más torcer por un patio y un portal, dejando atrás la calle Jilská, fueron a parar directamente a la casa llamada del Cangrejo Rojo. Y a una taberna a la que un tabernero sin pizca de imaginación había dado idéntico nombre.

—¡Eh! ¡Fijaos! ¡Pero si es Reynevan!

Sentados a una mesa, en un banco dispuesto tras unas pilastras, había cuatro hombres. Todos bigotudos, corpulentos, vestidos con caftanes. A dos ya los conocía Reynevan, y sabía que eran polacos. Y, si no lo hubiera sabido, lo habría adivinado. Como todos los polacos cuando están en el extranjero, fuera de sus fronteras, también éstos se

portaban de un modo escandaloso, arrogante y descaradamente grosero, algo que en su opinión servía para subrayar su estatus y su elevada posición social. La cosa tenía su gracia, porque desde la Pascua el estatus de los polacos en Praga era muy precario, y su posición más todavía.

—¡Cuánto honor! ¡Bienvenido, virtuoso Esculapio nuestro! —le saludó uno de los polacos, conocido de Reynevan: Adam Wejdnar, del linaje de Rawicz.

—¡Siéntate! ¡Sentaos los dos! ¡Permitid que os convidemos!

—¿Cómo es que con tanto entusiasmo les convidas? —le replicó con fingido disgusto otro polaco, Mikolaj Zyrowski, del linaje de Czewój, de la región de la Gran Polonia, como el anterior, y que, como éste, no le resultaba desconocido a Reynevan—. ¿Acaso te sobran los cuartos? Aparte de eso, el boticario a cuidar leprosos se dedica. ¡Nos puede contagiar la lepra! ¡O algo peor!

—Ya no trabajo en la leprosería —aclaró Reynevan pacientemente, pues no era la primera vez que le pasaba—. Ahora me dedico a curar en el hospital de Bohuslav. Cerca de aquí, en Staré Mesto. Junto a la iglesia de los santos Simón y Judas.

—Vale, vale. —Zyrowski, que ya sabía todo eso, hizo un gesto con la mano—. ¿Qué queréis de beber? Ah, maldición, disculpad. Os presento. Aquí unos caballeros armados: Jan Kuropatwa de Lancuchów, del linaje de Szreniawa, y Jerzy Skirmunt, del linaje de Odrowaz. Perdón, mas, ¿qué coño es eso que tan mal huele?

—Limo. Del Moldava.

Reynevan y Radim Tvrđik tomaban cerveza. Los polacos bebían vino austriaco y comían estofado de cordero, acompañándolo con pan. Entre tanto, charlaban en polaco en un tono deliberadamente ruidoso, contando toda clase de anécdotas, cada una de las cuales, por separado, era recibida con sonoras carcajadas. Los transeúntes volvían la cabeza, maldecían entre dientes. A veces escupían.

Desde la Pascua, y más concretamente desde el Jueves Santo, la opinión que los checos tenían de los polacos no era la mejor, y la situación de éstos en Praga no era la más favorable. Y tendía a empeorar.

Con Segismundo Korybutovich —llamado Korybut para abreviar—, sobrino de Jagiello, pretendiente a la corona checa, habían llegado a Praga, en primera instancia, unos cinco mil caballeros polacos, y otros quinientos más en un segundo momento. Muchos veían en Korybut la esperanza y la salvación para los husitas checos, y los polacos lucharon con arrojo por el Cáliz y por la Ley Divina, derramando su sangre en Karlstejn, en Jihlava, en Retz, en Ústí. A pesar de lo cual, no los apreciaban ni sus compañeros de armas checos. ¿Quién podía tener

aprecio por unos tipejos que se partían de risa al oír que sus camaradas checos se llamaban Pichin de Gocho o Traseiro de Vielha Vacca? ¿Que reaccionaban con una carcajada ante nombres como Chumino de Chouza o Culou de Ley?

La traición de Korybut, como es natural, agravó notablemente la situación de los polacos. Los checos vieron completamente defraudadas sus esperanzas, el rey husita *in spe* hizo buenas migas con los nobles católicos, no fue fiel a la causa de la comunión *sub utraque specie*, quebrantó los cuatro artículos que había jurado. Descubierta y abortada la conjura, el sobrino de Jagiello no acabó en el trono, sino en prisión, y a los polacos empezaron a mirarlos con abierta hostilidad. Algunos abandonaron Bohemia de inmediato. Pero otros se quedaron. Como si quisieran mostrar así su desaprobación de la traición de Korybut, o manifestarse partidarios del Cáliz, o declarar su disposición para seguir combatiendo por la causa calixtina. ¿Con qué resultado? Pues que seguían sin tenerles aprecio. Pensaban —no sin fundamento— que para los polacos la causa calixtina no era más que algo pintoresco. Se decía que, si se habían quedado, era, *primo*, porque no tenían adónde regresar ni motivo para hacerlo. Habían venido a Bohemia tras haber dilapidado su fortuna, acosados por jueces y embargos, y ahora, para colmo, sobre todos ellos, empezando por Korybut, pesaban anatemas e infamias. Que, *secundo*, al guerrear en Bohemia, sólo aspiraban a hacer fortuna. Que, *tertio*, no guerreaban, sino que, aprovechándose de la ausencia de los checos que sí guerreaban, se beneficiaban a sus mujeres.

Todas esas afirmaciones eran ciertas.

Al oír hablar en polaco, un praguense que pasaba por allí escupió en el suelo.

—Uy, como que no les gustamos a éstos, no les gustamos —comentó, en tono de burla, Jerzy Skirmunt, del linaje de Odrowaz—. ¿Por qué será? Cosa rara ésta.

—Anda y que les den. —Zyrowski se volvió hacia la calle, mostrando ostentosamente su pecho adornado con las herraduras del blasón de Czewój. Como todo polaco, sostenía la insensata creencia de que, en su calidad de miembro de una familia blasonada, aunque fuera un miserable pelagatos, estaba en Bohemia a la altura de los Rozmberk, los Kolovrat, los Sternberk y demás familias eminentes, todas juntas.

—Que les den pues —asintió Skirmunt—. Mas no deja de ser cosa rara, querido mío.

—Lo que a estas gentes les choca —Radim Tvrdik tenía la voz serena, pero Reynevan lo conocía de sobra— es ver a unos señores caballeros, a unos guerreros, divirtiéndose faltos de toda preocupación y sen-

tados a la mesa de una taberna. En estos días. Ahora, con los tiempos que corren...

Se interrumpió, siguiendo la costumbre. Pero los polacos no tenían la costumbre de respetar las costumbres.

—En estos tiempos —Zyrowski empezó a carcajearse— en que vienen a por vosotros los cruzados, ¿verdad? En que vienen con todo su poderío, a sangre y fuego, dejando a su paso la tierra quemada. En que no hay más que ver cómo...

—Calla ya —le interrumpió Adam Wejdnar—. Y, en cuanto a vos, caballero checo, os diré lo siguiente: no es justa vuestra reprimenda. Porque Nové Mesto ahora está desierto, qué duda cabe, se ha despojado. Mas en aquellos días, como vos mismo antes habéis contado, acudieron sus vecinos en tropel siguiendo a Procopio el Rasurado en la defensa del país. A la sazón, si algún morador de Nové Mesto me hubiera entonces reprendido, yo me habría callado. Mas de los de aquí, de Staré Mesto, no hubo quien se meneara. Dijo la sartén al cazo, eso es lo que hay.

—Una gran fuerza —insistió Zyrowski— se acerca por el occidente, ¡Europa entera! No habréis de resistir esta vez. Va a ser vuestro final, a todo el mundo le llega su hora.

—Nos va a llegar la hora —repitió Reynevan en tono sarcástico—. ¿Y a vosotros no?

—También a nosotros —respondió Wejdnar con tristeza, acallando con un gesto a Zyrowski—. También a nosotros. Por desgracia. A lo visto, mal elegimos bando en este conflicto. Había que haber escuchado lo que decía el obispo Laskarz.

—En efecto —suspiró Jan Kuropatwa—, y yo tendría que haber escuchado a Zbyszko de Olesnica. El caso es que ahora estamos aquí atrapados como reses en el matadero, y lo único que nos queda es mirar al matarife. Se dirige hacia aquí, recuerdo a los caballeros presentes, una cruzada como antes no había visto el mundo. Un ejército de ochenta mil hombres. Electores imperiales, duques, condes palatinos, bávaros, sajones, gente armada de Suabia, de Turingia, de las ciudades de la Hansa, amén del *landfryd* de Pilsen, y hasta algún chilado ultramarino. Cruzaron la frontera a comienzos de julio y asediaron Stribro, que debe de estar a punto de caer, si es que no ha caído ya. Y, ¿a qué distancia está Stribro de aquí? A poco más de doscientas millas. Así que echad cuentas. Antes de cinco días los tendremos aquí. Hoy estamos a lunes. El viernes, recordad lo que os digo, veremos sus cruces a las puertas de Praga.

—Procopio no va a ser capaz de contenerlos, le derrotarán en el campo de batalla. No resistirá. Son demasiados.

—Los madianitas y los amalecitas, cuando atacaron Galaad —dijo

Radim Tvrđik—, eran numerosos como una nube de langostas y sus camellos eran incontables como las arenas de la orilla del mar. Pero Gedeón, a la cabeza de apenas trescientos combatientes, los derrotó y los dispersó. Porque luchaba en nombre del Señor de los Ejércitos, con su nombre en los labios.

—Sí, sí, cómo no. Y el zapatero Skuba venció al dragón de Wawel. No confundáis, mi buen señor, los cuentos con la realidad.

—Enséñanos la experiencia —añadió Wejdnar con una sonrisa amarga— que el Señor, si es que a alguien apoya, hacerlo suele al ejército más poderoso.

—Procopio no reducirá a los cruzados —insistió Zyrowski, ensimismado—. Ah, en esta ocasión, caballero checo, ni el mismísimo Zizka os podría salvar.

—¡Procopio no tiene nada que hacer! —bufó Kuropatwa—. Me apuesto lo que sea. Es una fuerza excesiva. Con la cruzada vienen caballeros de Jorgenschild, de la orden del Escudo de San Jorge, la flor de la caballería europea. Y se dice que el legado papal trae consigo cientos de arqueros ingleses. ¿Oíste hablar, checo, de los arqueros ingleses? Sus arcos son tan largos como un hombre, pueden arrojar sus flechas desde quinientos pasos y a esa distancia traspasan una plancha de metal, atraviesan una loriga como si fuera una camisa de lino. ¡Jo, jo! Uno de esos arqueros es capaz...

—¿Es capaz acaso —le interrumpió tranquilamente Tvrđik— de aguantar en pie el tal arquero si le rompen la crisma con un mayal? Toda suerte de tipos capaces han venido ya por aquí, nos ha visitado la flor de la caballería de todo pelaje, pero hasta ahora no ha aparecido nadie cuya crisma resistiera un mayal checo. ¿Os apostáis algo, caballero polaco? Oídme bien: yo os aseguro que, si a uno de esos ingleses ultramarinos le atizan con un mayal en la testa, ese inglés ultramarino no volverá a tensar la cuerda de su arco, porque el inglés ultramarino será un difunto ultramarino. De no ser así, habréis ganado la apuesta. ¿Qué nos apostamos?

—Os van a correr a gorrazos.

—Ya lo intentaron —comentó Reynevan—. Hace un año. El domingo después de San Vito. En Ústí. Vos mismo estuvisteis allí, don Adam.

—Cierto —reconoció el natural de la Gran Polonia—. Allí estuve. Todos estuvimos. Tú también estuviste, Reynevan. ¿No lo habrás olvidado?

—No. No lo he olvidado.

El sol abrasaba de un modo terrible, del cielo manaba fuego. No se veía nada. La nube de polvo que levantaban los cascos de los caballos de

los atacantes se mezclaba con el espeso humo de la pólvora que, tras la descarga, había cubierto todo el cuadrado exterior de la fortaleza de carros. Por encima del clamor del combate y los relinchos de los caballos se alzó de pronto el chasquido de la madera quebrada, seguido de los gritos de victoria. Reynevan veía cómo muchos trataban de escapar del humo.

—Han logrado abrirse paso. —Divis Borek de Miletínek suspiró ruidosamente—. Han reventado los carros.

Hynek de Kolstejn empezó a maldecir. Rohác de Dubá trataba de controlar a su caballo, que no paraba de bufar. Procopio el Rasurado tenía un semblante pétreo. Segismundo Korybutovich estaba muy pálido.

A través del humo la caballería pesada avanzó con estrépito, los jinetes de hierro alcanzaban a los husitas que se daban a la fuga y los derribaban con sus caballos, masacrando a todos aquéllos que no conseguían guarecerse en el rectángulo interior que delimitaban los carros. Por la brecha seguían penetrando en tropel más caballeros acorazados.

Pero contra esa masa compacta que se apiñaba al entrar por la brecha, contra los hocicos mismos de los caballos, contra los rostros mismos de los jinetes, brotó súbitamente el fuego y el plomo de las bombardas y los arcabuces, traquetearon las culebrinas, resonaron las espingardas, un copioso aguacero de saetas brotó de las ballestas. Los caballeros cayeron de las sillas, los caballos se derrumbaron arrasando consigo a los hombres, la caballería se arremolinaba y se apelonaba, en medio del torbellino se oyó una nueva descarga, con un efecto aún más mortífero. Sólo unos cuantos jinetes acorazados pudieron llegar hasta los carros envueltos en humo del rectángulo interior y fueron despachados de inmediato con alabardas y mayales. Sin perder un instante, los checos, entre un griterío salvaje, salieron de detrás de los carros, sorprendiendo a los alemanes con un impetuoso contraataque que los obligó a retroceder por la brecha en un santiamén. Acto seguido, taponaron la brecha con carros, y apostaron en éstos más combatientes armados de ballestas y mayales. Volvieron a tronar las bombardas, los cañones de las culebrinas echaron humo. Alzada sobre el parapeto de carros, una custodia irradió un deslumbrante reflejo dorado, centelleó el blanco estandarte con el Cáliz.

*Ktoz jsú bozí bojovnici  
A zákona jeho!  
Prostez od Boha pomoci  
A doufejte v neho!*

El cántico retumbó, creció y se alzó sobre la fortaleza de carros. El polvo se iba posando a medida que la caballería acorazada se retiraba.

Rohác de Dubá, que ya sabía lo que tenía que hacer, se volvió hacia los jinetes husitas que esperaban en formación, levantó su maza. Al cabo de un instante, repitió su gesto Dobko Puchala, dirigiéndose a la caballería polaca. Un ademán de Jan Tovacovsky puso en alerta a los jinetes moravos. Hynek de Kolstejn se bajó de golpe la celada del yelmo.

Del campo de batalla llegaban los gritos de los jefes sajones, exhortando a los jinetes acorazados a cargar nuevamente contra los carros. Pero los jinetes retrocedían, volvían grupas.

—¡Huyeeen! ¡Huyeeen los alemanes!

—¡Sus y a ellos!

Procopio el Rasurado respiró hondo, levantó la cabeza.

—Ahora... —jadeaba pesadamente—. Ahora sí que los tenemos bien cogidos por los huevos.

Reynevan dejó la compañía de los polacos y de Radim Tvrdik de un modo bastante inesperado: sencillamente se levantó de pronto, se despidió y se fue. Con una mirada fugaz, pero elocuente, le hizo ver a Tvrdik la causa de su conducta. El mago le hizo un guiño. Lo había entendido.

Otra vez olía a sangre por allí. Seguramente, pensaba Reynevan, llegará desde algún matadero cercano, de los Corrales, del Mercado de Carne. ¿O puede que no? ¿Y si se trata de otra clase de sangre?

Tal vez fuera la sangre que llenó de espuma los sumideros de la zona en septiembre de 1422, cuando la calle Zelezná y los callejones contiguos se convirtieron en el escenario de los combates fratricidas, después de que el antagonismo entre Staré Mesto y Tabor desembocara, una vez más, en un conflicto armado. Mucha sangre checa se derramó entonces en la calle Zelezná. Suficiente para que siguiera apestando.

Aquel olor a sangre, precisamente, le hizo redoblar la vigilancia. No vio a nadie siguiéndole, no detectó nada sospechoso, ninguno de los checos que deambulaban por aquellas callejas tenía pinta de espía. Sin embargo, Reynevan no dejaba de notar una mirada clavada en el cogote. Evidentemente, quienes le seguían todavía no se habían hartado de su aburrida rutina. Muy bien, pensó, muy bien, granujas, os voy a seguir agasajando con esta rutina. Tanta, que acabaréis vomitando.

Siguió por la calle Kozná, atestada de curtidurías y de tenderetes. Se detuvo varias veces, fingiendo interesarse por la mercancía mientras miraba a hurtadillas a su alrededor. No vio a nadie que pareciera un espía. Pero sabía que andaban por allí cerca.

Antes de llegar a la iglesia de San Galo, torció y se metió por un callejón. Se dirigía al Carolinum, la academia donde se había formado. Dentro de su rutina, había decidido ir allí precisamente, con ánimo de presenciar alguna disputa. Le gustaba asistir a las disputas universitarias y a los *quodlibet*. Como aquel domingo *Quasimodogeniti*, el primero después de la Pascua de Resurrección del año 1426, cuando tomó la comunión bajo las dos especies y llegó al *lectorium ordinarium*, algo habitual en él. Siendo un auténtico neófito, quería conocer a fondo los misterios y los entresijos de su nueva religión, y éstos parecían presentársele con más facilidad durante los debates dogmáticos que sostenían regularmente los representantes del ala moderada y conservadora, agrupada en torno al maestro Jan de Príbram, con los representantes del ala radical, es decir, con gente del círculo de Jan Rokycana y Peter Payne, un inglés lolardo, seguidor de Wiclif. Pero las que eran verdaderamente incendiarias eran las disputas en las que intervenían los auténticos radicales, los de Nové Mesto. Sólo entonces se animaba la cosa. Reynevan había sido testigo de cómo a Payne, durante su defensa de algún dogma de Wiclif, le habían llamado «puto *Englis*» y le habían tirado remolachas. Cómo al anciano Christianus de Prachaticz, venerable rector de la universidad, le amenazaban con arrojarlo a las aguas del Moldava. Cómo le echaban un gato muerto a Petr de Mladonovice, un hombre que ya peinaba canas. El público congregado solía cascarse de lo lindo, y también en la calle, enfrente del Carolinum, en el Mercado de Carne, se partían la cara y se dejaban sin dientes.

Muchas cosas habían cambiado desde entonces. A Jan de Príbram y la gente de su entorno los habían desenmascarado como implicados en la conspiración de Korybut y los habían desterrado de Praga. Pero, dado que la naturaleza aborrece el vacío, las disputas seguían celebrándose como antes, si bien después de la Pascua Rokycana y Payne habían empezado de pronto a apoyar a los moderados y conservadores. Los de Nové Mesto, como siempre, seguían apoyando a los radicales. Radicales rabiosos. Durante las disputas la gente seguía zurrándose, soltando palabrotas y tirándose gatos.

—Señor.

Se volvió. El individuo que vio detrás de sí era gris de pies a cabeza. Su cara era gris, su almilla era gris, su capucha gris, sus calzas grises. En toda su persona, el único acento distintivo lo ponía un bastón nuevecito, de madera clara.

Miró hacia atrás, había oído un susurro a su espalda. Un segundo tipejo le tapaba la salida del callejón, también llevaba bastón, pero era un poco más alto y un poquito más colorido que el otro. Además, tenía una pinta mucho más patibularia.

- Andando —dijo el gris, sin levantar la vista.  
—¿Adónde vamos? Y, ¿a qué?  
—No opongáis resistencia, señor.  
—¿Quién os lo ha ordenado?  
—El señor Neplach. Vamos.

Resultó que no había que ir muy lejos. Hasta uno de los edificios situados en la fachada meridional de la plaza de Staré Mesto. Reynevan no pudo fijarse en cuál exactamente: los espías le habían conducido hasta allí por la parte trasera, atravesando una serie de dependencias, patios, zaguanes y escaleras, donde reinaba la oscuridad y apestaba a cebada mohosa. La parte habitable era bastante lujosa: como la mayor parte de las casas de ese barrio, había pertenecido a unos acaudalados alemanes, huidos de Praga después de 1420.

Bohuchval Neplach, llamado Flutek, le estaba esperando en la sala. Bajo un techo de madera clara. De una de las vigas colgaba una soga. De la soga colgaba un ahorcado. Con las puntas de sus elegantes botines casi tocaba el suelo. Casi. Sólo le faltaban un par de pulgadas.

Sin entretenerse con saludos ni otras antiguallas burguesas, casi sin honrar a Reynevan con una mirada, Flutek señaló al ahorcado con el dedo. Reynevan sabía de qué se trataba.

- No... —Tragó saliva—. No es éste. Me parece... No, creo que no.  
—Míralo bien.

Reynevan lo miró tan bien que estaba convencido de que en las siguientes comidas se iba a acordar de aquella cuerda clavada en el cuello hinchado, de aquel rostro desfigurado, de aquellos ojos desencajados y de aquella lengua ennegrecida que le salía de la boca.

- No, no es éste... Además, qué se yo... A aquél lo vi por detrás...

Neplach chasqueó los dedos. Poco después, el cadáver, libre del dogal, cubierto con una capa, yacía sobre un escaño, en una postura bastante macabra, en vista del *rigor mortis*.

—No. —Reynevan sacudió la cabeza—. Yo diría que no. Aquél... Hum... Seguramente podría identificarlo por la voz...

—Lo lamento —la voz de Flutek era helada como el viento de febrero—, pero no va a ser posible. Si éste pudiera hacer oír su voz, tú ya no me harías ninguna falta. ¿A qué esperáis? Llevaos de aquí esta carroña.

La orden se cumplió de inmediato. Las órdenes de Flutek siempre se cumplían de inmediato. Bohuchval Neplach, apodado Flutek, que dirigía el espionaje y contraespionaje de los taboritas, dependía directamente de Procopio el Rasurado. Y, si aún viviera Zizka, directamente de Zizka.

- Siéntate, Reynevan.  
—No tengo tiem...

—Siéntate, Reynevan.

—¿Quién era el...?

—¿El ahorcado? En estos momentos eso no tiene ninguna importancia.

—¿Era un traidor? ¿Un espía católico? Sería culpable de algo, entiendo.

—¿Eh?

—Quería saber si era culpable.

—¿Te preocupa —le dirigió una mirada aviesa— la escatología? ¿Estás pensando en las cosas últimas? Si es así, sólo puedo referirme al Credo niceno: Jesucristo fue crucificado en tiempos de Poncio Pilatos, murió, pero resucitó y de nuevo vendrá con gloria, para juzgar a vivos y muertos. Todos serán juzgados por sus pensamientos y por sus obras. Y entonces se determinará quién es culpable y quién no. Se determinará, por así decir, definitivamente.

Reynevan suspiró y sacudió la cabeza. Él sí que era culpable. Conocía a Flutek. Podía haberse ahorrado la pregunta.

—Lo importante, en definitiva —Flutek señaló con la cabeza la viga y el dogal—, no es saber quién era. Lo importante es que le dio tiempo a colgarse antes de que echáramos la puerta abajo. Que no estoy en condiciones de obligarle a hablar. Y tú no lo has identificado. Afirmas que no es el mismo de aquella vez. El mismo al que escuchaste a escondidas cuando conspiraba en Silesia con el obispo de Wroclaw. ¿Verdad?

—Verdad.

Flutek le recorrió con la mirada. Una mirada siniestra. Los ojos de Flutek, negros como los de una marta, que sobresalían junto a su larga nariz como las bocas de dos culebrinas, estaban capacitados para dirigir miradas muy siniestras. A menudo, en los negros ojos de Flutek aparecían dos diablillos dorados que de repente, como a una orden, daban una voltereta sincronizada. Reynevan acababa de ver algo así. Lo cual solía anunciar cosas muy desagradables.

—Pues yo pienso que no es verdad —dijo Flutek—. Pienso que estás mintiendo. Que has mentido desde el primer momento, Reynevan.

Nadie sabía de dónde había salido Flutek, un hombre tan cercano a Zizka. Como es natural, circulaban toda clase de rumores. Según unos, Bohuchval Neplach se llamaba realmente Yehoram Ben Yitzhak y era judío, un discípulo de la escuela rabínica a quien los husitas, mira tú por dónde, por un capricho, le habían perdonado la vida durante la carnicería en el gueto de Chomutov, en marzo de 1421. Según otros, realmente se llamaba Bohuchval, pero Gottlob, y era alemán, un comerciante de Pilsen. Otros aseguraban que se trataba de un monje dominico a quien Zizka —por razones ignotas— había salvado personalmente de la masacre de sacerdotes y religiosos en Beroun. Y toda-

vía había otros que aseguraban que Flutek era un párroco de Cáslav que había olfateado a tiempo la coyuntura, se había unido a los husitas y, con el entusiasmo de un neófito, le había besado el culo a Zizka con tanta maestría que se había ganado el puesto. Reynevan se sentía inclinado a creer, precisamente, esta última versión: Flutek tenía que ser sacerdote, prueba de ello eran sus viles embustes, su hipocresía, su atroz egoísmo y su codicia verdaderamente indescriptible.

A su codicia, justamente, le debía Bohuchval Neplach su apodo. Y es que en 1419, cuando los señores católicos dominaban Kutná Hora, el principal centro de extracción de metales en Bohemia, la Praga husita, privada de las minas y las cecas de Kutná Hora, empezó a acuñar su propia moneda: vellones de cobre con trazas de plata. Era una moneda miserable que prácticamente carecía de valor, con una paridad que apenas pasaba de cero. A ese chavo de Praga, objeto de burlas, lo llamaron despectivamente «flutek». El caso es que, cuando Bohuchval Neplach empezó a desempeñar las funciones de jefe de espionaje con Zizka, se ganó el mote de Flutek en un santiamén. Pronto se vio que Bohuchval Neplach estaba dispuesto a lo que fuera por un triste flutek. Más concretamente: por un triste flutek Bohuchval Neplach siempre estaba dispuesto a agachar la cabeza, aunque fuera para hundirla en un montón de mierda. Y también se vio que Bohuchval Neplach no despreciaba ningún flutek: jamás de los jamases perdía la ocasión de hurtar o defraudar un triste flutek.

El milagro que había permitido a Flutek mantenerse al lado de Zizka, quien en su Nuevo Tabor castigaba severamente a los defraudadores y perseguía el robo con mano de hierro, constituía un enigma irresoluble. Como enigma era el motivo por el que, más tarde, también Procopio el Rasurado, hombre igualmente de principios, siguiera tolerando a Neplach. La única explicación era que, en aquello que hacía para los taboritas, Bohuchval Neplach era todo un profesional. Y a los profesionales se les perdonan muchas cosas. Hay que perdonárselas. Porque más vale no vérselas con un profesional.

—Por si quieres saberlo —prosiguió Flutek—, a esa historia tuya, como a ti mismo, por lo demás, le he dado, desde el principio, muy poco crédito. Asambleas clandestinas, conferencias secretas, conjuras universales, todo eso está muy bien en literatura, es perfecto para, digamos, Wolfram von Eschenbach... En sus libros, claro, da gusto leer sobre secretos y confabulaciones; saber del misterio del Grial, de la Terre de Salvaesche, de Klinschor, de Flegetanis, de Feirefiz, de Titurel y de toda esa gente. En tu relato había demasiada literatura de esa clase. En otras palabras, sospecho que no has hecho más que mentir.

Reynevan no dijo nada, se limitó a encogerse de hombros. Elocuentemente.

—Puede haber toda clase de motivos —siguió Neplach— para tus confabulaciones. Según dices, huiste de Silesia porque te estaban persiguiendo, estabas amenazado de muerte. Si eso es verdad, no tenías más remedio que granjearte la simpatía de Ambrós. Y nada más eficaz que prevenirle a tiempo de un ataque. Después te llevaron ante Procopio. En cada fugitivo que llega de Silesia, Procopio siempre cree ver un espía, así que los cuelga a todos sin distinción y *per saldo* se sale con la suya. ¿Qué hacer para salvar el pellejo? ¿Anunciar, por ejemplo, una revelación sobre reuniones secretas y conjuras? ¿Qué dices, Reynevan? ¿Qué te parece?

—A Wolfram von Eschenbach le daría envidia. Y el torneo de Wartburg lo ganarías como si nada.

—Motivos para inventarte esas historias —insistió imperturbable Flutek— tenías de sobra. Pero creo que, de verdad, había sólo uno.

—Está claro. —Reynevan sabía muy bien a qué se refería—. Sólo uno.

—A mí —en los ojos de Flutek aparecieron los dos diablillos dorados— la hipótesis que más me convence es la de que con tus embustes tratas de apartar la atención del asunto que realmente importa. De los quinientos gúldenes que le quitaste al recaudador de impuestos. ¿Qué tienes que decir, medicucho?

—Lo habitual. —Reynevan bostezó—. Ya hemos pasado por esto otras veces. A tus preguntas, trilladas y aburridas, tendré que dar, como siempre, respuestas trilladas y aburridas. No, hermano Neplach, no voy a compartir contigo el dinero que le quitaron al recaudador. Por distintas razones. En primer lugar, yo no tengo ese dinero, porque no fui yo quien lo cogió. En segundo lugar...

—¿Y quién lo cogió?

—Te daré una respuesta aburrida: no tengo ni idea.

Los dos diablillos dorados pegaron un brinco y ejecutaron una enérgica voltereta.

—Mientes.

—Claro. ¿Puedo irme ya?

—Tengo pruebas de que mientes.

—Ajá.

—Sostienes —Flutek lo atravesó con la mirada— que esa mítica reunión tuvo lugar el trece de septiembre y que en ella participó Kaspar Schlick. Pero yo sé, de fuentes dignas de toda confianza, que el 13 de septiembre de 1425 Kaspar Schlick se encontraba en Buda. De modo que no pudo estar en Silesia.

—Tus fuentes son una mierda, Neplach. O no, esto no es más que una provocación. Tú quieres dármele con queso, estás tratando de enredarme. Y tampoco es la primera vez, ¿verdad?

—Es verdad —dijo Flutek sin pestañear—. Siéntate, Reynevan. Todavía no he terminado contigo.

—No tengo el dinero del recaudador y no sé...

—Cierra el pico.

Estuvieron un tiempo callados. Los diablillos de los ojos de Flutek se calmaron, casi no se los veía. Pero Reynevan no se hacía ilusiones. Flutek se rascó la nariz.

—Si no fuera por Procopio... —dijo en voz baja—. Si Procopio no me tuviera prohibido poneros la mano encima, a ti y a ese Scharley tuyo, ya te habría exprimido a gusto. Conmigo todo el mundo acaba por hablar, no ha habido uno solo que guardara silencio. Ten la seguridad de que también tú habrías contado dónde guardas el parné.

Reynevan ya tenía práctica, no se dejó intimidar. Se encogió de hombros.

—Pues sí —prosiguió Neplach tras una nueva pausa, mirando la sogá que colgaba del techo—. Éste también habría hablado, también le habría arrancado una confesión. Es una lástima, una verdadera lástima, que le diera tiempo a colgarse. Sabes, por un momento llegué a creer que podía tratarse del tipo que estuvo en aquella abadía... Ha sido una enorme decepción que no le hayas identificado...

—No hago más que decepcionarte. De verdad que lo siento.

Los diablillos dieron un brinco.

—¿De verdad?

—De verdad. Sospechas de mí, haces que me sigan, me acosas, me provocas. Tratas de averiguar qué es lo que me ha traído hasta aquí, pero siempre te olvidas del único motivo importante: el checo que estaba conspirando en la abadía había traicionado a mi hermano, fue él quien lo entregó a los esbirros del obispo de Wroclaw que le dieron muerte. Y encima se jactó de su hazaña delante del obispo. Así que, si hubiera sido él el tipo que colgaba de esa viga, me habría rascado con gusto el bolsillo para pagar una misa de acción de gracias. Créeme, yo también lamento que no fuera él. Ni ninguno de los que me enseñaste en otras ocasiones y que me mandaste identificar.

—Es verdad —reconoció Flutek, aparentemente sumido en sus pensamientos—. Una vez aposté por Divis Borek de Miletinek. El segundo fue Hynek de Kolstejn... Pero no era ninguno de éstos...

—¿Preguntas o afirmas? Porque te he repetido cien veces que no era ninguno.

—Sí, y bien que te fijaste en ellos... aquella vez. Cuando te llevé conmigo...

—¿En Ústí? Ya me acuerdo...

Toda la suave ladera estaba cubierta de cadáveres, pero el espectáculo realmente macabro era el que se divisaba en el Zdírnicky, un riachuelo que corría por el fondo del valle. Allí, medio sumergidos en el lègamo enrojecido por la sangre, se amontonaban los cuerpos, restos humanos mezclados con los caballos muertos. Era evidente lo que había pasado. Las orillas cenagosas habían retenido a los sajones y a los de Meissen que huían del campo de batalla, los habían frenado el tiempo suficiente para que se les echara encima, primero, la caballería taborita y, poco después, las rugientes hordas de infantería que venían detrás. Los jinetes checos, polacos y moravos no se entretuvieron demasiado en sus acometidas, enseguida emprendieron la persecución de la caballería que escapaba hacia la ciudad de Ústí. En cambio, la infantería, integrada por husitas, taboritas y Huérfanos, se quedó más tiempo en el riachuelo. Acuchillaron y machacaron a todos los alemanes. Sistemáticamente, manteniendo el orden, los rodearon, los acorralaron, y entraron en acción los mayales, las mazas, las cachiporras, las alabardas, las bisarmas, las gujas, las hachas, las picas y los biellos. No había cuartel. Cuando volvían del combate, los batallones de guerreros de Dios, desgañitados, cantando a coro, cubiertos de sangre de pies a cabeza, no llevaban prisioneros.

En la otra orilla del Zdírnicky, en los alrededores del camino a Ústí, la caballería y la infantería todavía tenían trabajo. Sobre las nubes de polvo se elevaban los chirridos del metal, el tumulto, el griterío. El humo negro se extendía por la tierra, ardían Predlice y Hrbovice, aldeas de la otra orilla del río. También allí, a juzgar por los ruidos, seguía la matanza.

Los caballos bufaban, doblaban la cabeza, amuscaban las orejas, miraban de reojo, pateaban. El bochorno era insoportable.

Con estruendo, levantando el polvo, unos jinetes galopaban hacia ellos. Rohác de Dubá, Wyszek Raczynski, Jan Bleh de Tesnice, Puchala.

—Casi hemos acabado con ellos. —Rohác gargajeó, escupió, se limpió los labios con el dorso de la mano—. Eran alrededor de trece mil. Nos hemos cargado, según las primeras estimaciones, a unos tres mil quinientos. De momento. Porque ahí todavía andan liados. Los caballos de los sajones están exhaustos, no tienen forma de escapar. Así que podemos añadir unos cuantos más a la cuenta. Nos acercaremos, a mi modo de ver, a los cuatro mil.

—Puede que esto no sea Grunwald. —Dobko Puchala mostró los dientes al sonreír. Apenas se veía la cabeza de bisonte de su escudo, tapado como estaba por una capa de barro ensangrentado—. Puede que no sea Grunwald, pero tampoco está mal. ¿Qué decís, mi señor?

—Señor Procopio —Korybutovich no parecía haberle oído—, ¿no os parece que ha llegado el momento de pensar en la caridad cristiana?

Procopio el Rasurado no respondió. Guió a su caballo cuesta abajo, hasta el Zdírnicky. Entre cadáveres.

—La caridad es la caridad —dijo irritado Jakubek de Vresovice, hetman de Bílina, que iba algo más retrasado—. ¡Y el dinero es el dinero! ¡Es una lástima, pero es así! Fijaos en ése, sin cabeza, con unas horcas cruzadas en el escudo. Tiene que ser un Kalckreuth. El rescate no habría bajado de cien schockgrosches, de los de antes de la revolución. Y ése de ahí, con los mondongos al aire, el del escudo tronchado donde figuran unas navajas de poda, va a ser un Dietrichstein. Un notable linaje, no menos de trescientos...

En el mismo riachuelo, los Huérfanos, que estaban expoliando los cadáveres, sacaron de debajo del montón de restos a un mozalbeta vivo con armadura y escudo blasonado. El joven cayó de hinojos, cruzó los brazos, imploró. Después empezó a gritar. Le dieron un hachazo. Dejó de gritar.

—En campo de sable, un galón almenado de plata —constató sin emoción Jakubek de Vresovice, experto, por lo visto, en heráldica y en economía—. Así que es un Nesselrode. De los condes. Por este mocoso habrían dado unos quinientos. Estamos perdiendo mucho dinero, hermano Procopio.

Procopio el Rasurado volvió hacia él su cara de aldeano.

—El Señor es el juez —dijo con voz ronca—. Quienes aquí yacen no tenían su sello en la frente. Sus nombres no constaban en el libro de los vivos... Además —añadió tras unos momentos de pesado silencio—, no los habíamos invitado a venir.

—¿Neplach?

—¿Qué pasa?

—Veo que sigues haciendo que me espíen, tus esbirros no me dejan ni a sol ni a sombra. ¿Se va a mantener esta situación mucho tiempo?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Me parece que no hace ninguna falta...

—Reynevan, ¿acaso yo te enseño a aplicar sanguijuelas?

Estuvieron un rato callados. Flutek no paraba de dirigir miradas a la soga cortada, que colgaba de una viga del techo.

—Las ratas —comentó pensativo— huyen del barco que se hunde. No sólo en Silesia las ratas conspiran en abadías y castillos, buscan protección en el extranjero, les besan el trasero a obispos y duques. Porque su nave se va a pique, porque tienen el miedo en el culo, porque es el final de las esperanzas ilusorias. Porque nosotros vamos para arriba, y ellos van para abajo, hacia las cloacas. Korybutovich se ha desplomado, en Ústí cunde el pogromo y la masacre, a los austriacos les han dado para el pelo y les han rematado en Zwettl, en Lausacia los

incendios llegan hasta Zgorzelec. Uhersky Brod y Presburgo son presas del pánico, Olomouc y Trnava tiemblan detrás de sus murallas. Procopio triunfa...

—Por ahora.

—¿Cómo que por ahora?

—Allí, cerca de Stribro... Se dice en la ciudad...

—Ya sé lo que se dice en la ciudad.

—Una cruzada viene hacia aquí.

—Lo normal.

—Al parecer, toda Europa...

—No toda.

—Ochenta mil hombres armados...

—Y una mierda. Treinta mil, como mucho.

—Pero dicen...

—Reynevan —le interrumpió tranquilamente Flutek—. Piensa un poco. Si fuera una auténtica amenaza, ¿seguiría yo aquí?

Callaron por un tiempo.

—Además, en cualquier momento —dijo el jefe de espionaje taborita— se puede aclarar la situación. En cualquier momento. Escucha.

—¿Qué pasa? ¿Cómo lo sabes?

Neplach le mandó callar con un gesto. Le indicó la ventana. Le hizo una señal para que aguzara el oído.

Las campanas de Praga habían tomado la palabra.

Empezó Nové Mesto. Primero fue la iglesia de la Visitación de María, después la siguió el monasterio eslavo de Emaús, poco después repicaron las campanas de la iglesia de San Wenceslao en Zderaz, se unió al coro San Esteban, a continuación San Adalberto y San Miguel, tras ellos, melodiosa y cantarina, Nuestra Señora de las Nieves. Al cabo de unos instantes, se oyó el tañido de las campanas de Staré Mesto: primero se sumó San Gil, luego San Galo, por fin, estruendoso y triunfal, el templo de Tyn. Después respondieron los campanarios de Hradcany: en San Benito, en San Jorge, en Todos los Santos. Finalmente, las campanas de la catedral, las más venerables, las más profundas, las más sonoras, empezaron a tañer, sobrevolando toda la ciudad.

La dorada Praga cantaba con todas sus campanas.

En la plaza de Staré Mesto el barullo era infernal. Al pie del ayuntamiento se amontonaba la multitud, el gentío se arremolinaba a sus puertas. Las campanas seguían tocando. Reinaba un desorden indescriptible. La gente se empujaba, se gritaba, gesticulaba, sólo se veían rostros sudorosos, rojos del esfuerzo y la excitación, bocas abiertas. Miradas febriles.

—¿Qué pasa? —Reynevan le tiró de la manga a un curtidor que olía a humedad—. ¿Noticias? ¿Hay noticias?

—¡El hermano Procopio ha derrotado a los cruzados! ¡En Tachov! ¡Les ha molido a palos! ¡Ha acabado con ellos!

—¿Ha sido una batalla campal?

—¡Qué va a haber batalla! —gritó al lado un tipo que, con media cara enjabonada, se veía que había salido a escape del barbero—. ¡Nada de eso! ¡Huyeron! ¡Los papistas se largaron! ¡Corrían como descosidos! ¡Presas del pánico!

—¡Se han deshecho de todo! —gritaba un aprendiz, fuera de sí—. ¡Armas, cajas, bienes, víveres! ¡Y han huido! ¡Han huido de Tachov! ¡El hermano Procopio ha triunfado! ¡El Cáliz ha triunfado!

—¿Qué estáis diciendo? ¿Que han huido? ¿Sin presentar batalla?

—¡Sí, sí, han huido! ¡Y en su huida los nuestros los han hecho picadillo! ¡Tachov está cercado, los señores del *landfryd* están rodeados en el castillo! El hermano Procopio está triturando las murallas con sus bombardas, ¡hoy mismo, mañana a lo sumo, serán suyos! ¡El hermano Jakubek de Vresovice acosa sin descanso al señor Heinrich von Plauen!

—¡Silencio! ¡Callaos todos! ¡Ahí está el hermano Jan!

—¡El hermano Jan! ¡El hermano Jan! ¡Y los concejales!

Las puertas del ayuntamiento se abrieron, un grupo apareció en las escaleras.

Por delante iba Jan Rokycana, párroco de Santa María de Tyn, un hombre de mediana altura, de aspecto respetable, por no decir venerable. Y no era un anciano. El ideólogo principal, en esos momentos, de la revolución utraquista tenía treinta y cinco años. Le sacaba diez a Reynevan. Junto a su célebre discípulo, respirando con dificultad, venía Jacobellus de Stríbro, *magister* de la universidad. Medio paso por detrás venía Peter Payne, un inglés con cara de asceta. Les seguían los concejales de Staré Mesto: el poderoso Jan Velvar, Matej Smolar, Václav Hedvik. Y otros.

Rokycana se detuvo.

—¡Hermanos checos! —gritó, levantando ambas manos—. ¡Ciudadanos de Praga! ¡Dios está con nosotros! ¡Y Dios nos ampara!

Estalló el rugido de la multitud, después se calmó, se apagó. Las campanas de las iglesias iban dejando de tañer. Rokycana no bajaba los brazos.

—¡Los herejes —gritó al fin, aún más fuerte— han sido derrotados! ¡Aquéllos que, incitados por Roma, profanaron la Santa Cruz colocándola sobre sus armas infames! ¡Se han encontrado con el castigo divino! ¡La victoria es del hermano Procopio!

La muchedumbre rugió con una sola voz, se elevaron los vítores. El predicador hizo callar a la gente.

—A pesar de que han venido hasta aquí —continuó— las hordas infernales, a pesar de que han extendido contra nosotros las garras sanguinarias de Babilonia, a pesar de que la furia del Anticristo romano ha vuelto a amenazar la religión verdadera, ¡Dios nos ampara! ¡El Señor de los Cielos levantó su mano para aniquilar el poder de sus enemigos! ¡El mismo Señor que hundió los ejércitos del faraón en las aguas del mar Rojo, el que hizo que huyeran ante Gedeón las huestes innumerables de los madianitas! ¡El Señor que en el curso de una sola noche, por medio de su ángel, derrotó a ciento ochenta y cinco mil asirios! ¡Ese mismo Señor sembró el terror en el corazón de nuestros enemigos! ¡Igual que los soldados del blasfemo Senaquerib huyeron ante las puertas de Jerusalén, de ese mismo modo la jauría papista, presa del pánico, se dio a la fuga en Stribro y en Tachov!

—Los siervos del diablo —le secundó Jacobellus, en un tono más bajo—, nada más divisar el Cáliz en los estandartes del hermano Procopio, nada más escuchar el cántico de los guerreros de Dios, se dispersaron despavoridos, y no quedaron dos juntos. ¡Eran como la paja barrida por el viento!

—*Deus vicit!* —exclamó Peter Payne—. *Veritas vicit!*

—*Te Deus laudamus!*

La multitud rugía y gritaba. Tanto que Reynevan sintió una punzada en los oídos.

Aquella tarde, la del 4 de agosto de 1427, Praga celebró la victoria con estruendo y algazara, los habitantes respondieron a semanas de temor e inseguridad con un festejo espontáneo y frenético. Cantaron por las calles, bailaron en torno a las hogueras en las plazas, se divertieron en jardines y patios. Los más santurrones honraron la victoria de Procopio con oficios religiosos, celebrados *impromptu* en todas las iglesias de Praga. Los menos devotos tenían un amplio abanico de fiestas donde elegir. Por todas partes, en Staré Mesto y en Nové Mesto, en Malá Strana, donde aún seguían ardiendo muchos fuegos, en Hradcany, en casi todos los rincones, los taberneros, para festejar el triunfo sobre los cruzados, sirvieron alcohol y comida gratis, por cuenta de la casa. A todo lo largo y ancho de Praga saltaron tapones y corchos de los toneles, parrillas, asadores y calderos despidieron su aroma. Como de costumbre, algunos taimados posaderos aprovecharon la ocasión para deshacerse, con la excusa de la generosidad, de productos a los que les faltaba poco para fermentar o para pudrirse, y de algunos a los que ya no les faltaba nada. Pero, ¡quién iba a fijarse en esas cosas! ¡La cruzaba había fracasado! ¡Había pasado el peligro! ¡Alegría!

A todo lo largo y ancho de Praga la gente se lo pasaba en grande. Se levantaron las copas en honor del intrépido Procopio el Rasurado y de

los guerreros de Dios, y para desear la perdición de los cruzados que habían escapado de Tachov. En concreto, del jefe militar de la cruzada, Otto von Ziegenhain, arzobispo de Tréveris, se esperaba que la palmara de camino a casa o, al menos, que cayera enfermo. Se cantaban improvisadas coplas sobre cómo, nada más ver las enseñas de Procopio, el legado papal Henri de Beaufort, muerto de miedo, se había cagado en los calzones.

Reynevan se unió a la juerga. Primero en la plaza de Staré Mesto, después, en compañía de un grupo fortuito —aunque muy numeroso—, se desplazó a Perstyn, a la taberna del Oso, cerca de la iglesia de San Martín de la Muralla. Desde allí, la alegre compañía se trasladó a Nové Mesto. Tras recoger por el camino a varios borrachines que estaban en el cementerio de Nuestra Señora de las Nieves, los juerguistas se dirigieron al Mercado de Caballos. Allí visitaron otros dos establecimientos: La Yegua Blanca y Casa Mejzlík.

Reynevan seguía fiel al grupo. Ni que decir tiene que él también tenía ganas de disfrutar y de celebrar, se alegraba sinceramente de la victoria en Tachov, y estaba menos preocupado por Scharley. La ruta le convenía: de todos modos, vivía en Nové Mesto. Eso sí, no podía ir a Soukenická, a la farmacia del Arcángel, donde esperaba encontrar a Sansón Mielles. Había descartado definitivamente esa idea. Temía exponer el local clandestino al peligro de ser incendiado, y a los alquimistas y magos checos al de ser descubiertos. Y a cosas aún peores. Y ese riesgo existía. Entre la bullanguera multitud congregada en La Yegua pasó varias veces por delante de él la silueta gris, la capucha gris y la cara gris del espía. Por lo visto, Flutek nunca se daba por vencido.

Así que se lo pasó bien, aunque con moderación, sin exagerar con la bebida, pese a que las pociones mágicas ingeridas en Soukenická le inmunizaban contra todo tipo de toxinas, incluido el alcohol. Pero ya había decidido dejar la compañía. La diversión en Casa Mejzlík se acercaba —y, hasta cierto punto, ya había llegado— a esa fase que Scharley llamaba «vino, cántico y vómito». No era ninguna casualidad que las mujeres quedaran fuera de la lista.

Reynevan salió a la calle, tomó aire. Praga estaba en silencio. Los ecos de las juergas iban siendo derrotados poco a poco por los coros que formaban las ranas del Moldava y los grillos de los jardines de los claustros.

Fue en dirección a la Puerta de los Caballos. De las fondas y tabernas que iba dejando atrás salían olores agrios, tintineos de jarras, chillidos de mozas, gritos un tanto amodorrados y cánticos que sonaban cada vez más desganados.

*Já rezník, ty rezník, oba rezníci  
Pudem za Prahu pro jalovici  
Jak budu kupovat, ty budeš smlouvat  
Budem si panenky hezky namlouvat!*

Soplaba la brisa, trayendo el olor de las flores, de las hojas, del limo, del humo y de sabe Dios cuántas más cosas.

Y de la sangre.

Praga seguía apestando a sangre. Reynevan no había dejado de notar ese olor que iba con él a todas partes, lo tenía metido en la nariz. Sentía la inquietud que despertaba ese olor. Cada vez había menos gente en la calle. Los espías de Neplach no daban señales de vida. Pero su inquietud no remitía.

Torció por Stará Pasířská, luego se metió en una callejuela llamada En el Foso. Iba pensando en Nicoletta, en Catalina Biberstein. Pensaba en ella intensamente y no tardó en advertir las consecuencias de ese pensamiento. Su recuerdo se le había presentado con tanta viveza y realismo, con tantos detalles, que en cierto momento la situación se le hizo insoportable: Reynevan se detuvo como un autómata y miró a su alrededor. Como un autómata, porque sabía de sobra que, en cualquier caso, no tenía adónde acudir. En agosto mismo de 1419, apenas veinte días después de la defenestración, en Praga habían acabado con todos los burdeles, sin dejar ni uno, y habían expulsado de la ciudad a todas las jóvenes casquivanas. En lo tocante al rigor en las costumbres, los husitas eran muy rigurosos.

El recuerdo realista y minucioso de Catalina despertó otra imagen en su mente. Blazena Pospíchalová, la dueña de la vivienda que Reynevan compartía con Sansón Mielles, situada en la esquina de las calles Stepáňská y Na Rybnícku, era una viuda de generosos encantos y unos preciosos ojos azules. Más de una vez esos ojos se habían fijado en Reynevan de un modo tan elocuente que cabía sospechar que doña Blazena estaba interesada en algo que Scharley solía definir, prolijamente, como «uniones basadas exclusivamente en el deseo, y que no son fruto de un compromiso sancionado por la Iglesia». El resto del mundo lo definía de un modo notablemente más breve y más crudo. Pero los husitas esa clase de asuntos, crudamente definidos, los trataban, como queda dicho, con extremo rigor. Es cierto que, por lo general, solían hacerlo para guardar las apariencias, pero el caso es que nunca se sabía quién iba a servirles, ni con qué pretexto, para guardar las apariencias. Así que, aunque Reynevan captaba las miradas de doña Blazena, se hacía el despistado. En parte, por miedo a meterse en problemas y, en parte —en mayor medida, incluso—, por su deseo de mantenerse fiel a su amada Nicoletta.

Un fuerte maullido lo sacó de sus reflexiones, del callejón que estaba a su derecha salió de repente un enorme gato bermejo que echó a correr por la calle. Reynevan, de inmediato, apresuró el paso. Naturalmente, al gato lo podían haber ahuyentado los espías de Flutek. Pero también podía tratarse de unos vulgares bandidos, al acecho de un viandante solitario. Caía la noche, casi no se veía un alma, y en esas circunstancias las calles de Nové Mesto ya no eran seguras. Aquellos días, con la mayor parte de la guardia ciudadana engrosando las filas del ejército de Procopio, era muy poco recomendable deambular en solitario por Nové Mesto.

Reynevan no tenía intención de seguir solo. A una quincena de pasos por delante de él iban caminando dos vecinos de Praga. Tuvo que hacer un esfuerzo para darles alcance: marchaban deprisa y, al oír el eco de sus pasos, aceleraron aún más. De improviso, se metieron en un callejón. Reynevan los siguió.

—¡Eh, hermanos! ¡No tengáis miedo! Lo único que quería...

Los hombres se volvieron. Uno de ellos tenía un chancro purulento justo debajo de la nariz. Y un cuchillo en la mano, un cuchillo corriente de carnicero. Y el otro, más bajo, achaparrado, estaba armado de un machete con la guarda en forma de ese. Ninguno de los dos era un espía de Flutek.

El tercero, que venía por detrás, el que había ahuyentado al gato, un hombre entrecano, tampoco era un espía. Sostenía una daga, fina y punzante como una aguja.

Reynevan retrocedió, pegó la espalda a la pared. Ofreció a los matones su bolsa de médico.

—Señores... —balbuceó, castañeteando los dientes—. Hermanos... Tomad esto... Es todo lo que tengo... Pi... pi... piedad... No me matéis...

Las jetas de los matones, que se habían mantenido severas y cerradas, se relajaron, se distendieron, dibujaron una mueca displicente. En sus ojos, fríos y vigilantes hasta ese momento, surgió una crueldad desdeñosa. Esgrimiendo sus armas, se acercaron a aquella presa fácil, digna de menosprecio.

Pero Reynevan había pasado a la segunda fase. Tras su jugada psicológica *à la Scharley*, había llegado el momento de emplear otros métodos. Aprendidos con otros maestros.

El primer tipo no se esperaba en absoluto un ataque, ni contaba con que la bolsa de médico le acertara de lleno en la nariz ulcerada. Un puntapié en la pierna hizo tambalearse al segundo. El tercero, el bajito, se quedó estupefacto al ver que su machete tajaba el aire mientras él mismo se desplomaba sobre un montón de desechos, después de tropezar en una pierna hábilmente dispuesta. Viendo que los otros se arrojaban sobre él, Reynevan soltó la bolsa y en un abrir y cerrar de

ojos se sacó un estilete del cinto. Hundió el cuchillo por debajo del brazo, hizo palanca con la muñeca y el codo, tal como mandaba *Das Fechtbuch*, obra de Hans Talhoffer. Empujó a uno de sus rivales contra el otro, se apartó de un salto, volvió a atacar por un flanco, empleando la finta recomendada en esas situaciones por el *Flos duellatorum*, debido a Fiore da Cividale, en el tomo consagrado a los combates a cuchillo, capítulo primero. Cuando el esbirro, en un acto reflejo, paró el golpe por arriba, Reynevan le pinchó en un muslo, de acuerdo con el segundo capítulo de ese mismo manual. El matón aulló, cayó de rodillas. Reynevan saltó para atrás, de paso le dio una patada al otro que estaba tratando de levantarse del montón de basuras, dio un nuevo salto para esquivar su acometida y fingió que había dado un traspies y había perdido el equilibrio. Estaba claro que el matón canoso de la daga no leía a los clásicos y no sabía lo que era una finta, porque lanzó un ataque tan impetuoso como desmañado, que anduvo tan cerca de acertar a Reynevan como si hubiera sido una garza con su pico. Reynevan, tranquilamente, le asió del brazo, se lo retorció, le sujetó del hombro, como enseña *Das Fechtbuch*, lo dejó inmobilizado, apoyado contra el muro. Al tratar de liberarse, el esbirro lanzó un golpe impetuoso con su puño izquierdo, que acertó de lleno en la punta del estilete, situado de acuerdo con las indicaciones del *Flos duellatorum*. La fina hoja se hundió profundamente. Reynevan oyó el chasquido de los huesos triturados del metacarpo. El esbirro soltó un grito agudo y cayó de rodillas, apretándose contra el vientre la mano chorreante de sangre.

El tercer asaltante, el chaparro, se le echó encima rápidamente, lanzó un machetazo cruzado, de través, de izquierda a derecha, muy peligroso. Reynevan se apartó, parando el golpe y saltando hacia atrás, a la espera de alguna de las colocaciones o posiciones descritas en los manuales. Pero ni *Meister* Talhoffer ni *messer* Cividale le hicieron más falta ese día. Por detrás del matón del machete surgió de repente una cosa muy gris, con una capucha gris, una almilla gris y unas calzas grises. Se oyó el silbido de un bastón de madera clara, seguido de un golpe seco, indicativo de un enérgico impacto en el cogote. El gris era muy rápido. Antes de que el esbirro cayera al suelo, le dio tiempo a golpearle de nuevo.

Flutek, acompañado de algunos agentes suyos, entró en el callejón.

—Bueno, ¿qué? —preguntó—. ¿Sigues pensando que no hay razones para tenerte vigilado?

Reynevan respiró hondo, cogiendo aire a bocanadas. Sólo en ese momento empezaba a bullir en su interior la adrenalina. Se le nubló la vista, tanto que tuvo que apoyarse en la pared.

Flutek se acercó, se inclinó para examinar al matón de la mano

atravesada que no cesaba de gemir. Imitó, con unos rápidos movimientos, el bloqueo alemán y el contraataque italiano empleados por Reynevan.

—Vaya, vaya. —Meneó la cabeza con una mezcla de admiración y de incredulidad—. Los has ejecutado con maestría. Con auténtica maestría. Quién iba a decir que ibas a alcanzar tanta destreza a base de ejercicios. Sabía que visitas la casa de un maestro de esgrima. Pero resulta que tiene dos hijas. Así que creí que te dedicabas a ejercitarte con alguna de ellas. O con las dos.

Dio orden de que amarraran al esbirro sollozante y ensangrentado. Buscó con la mirada al que había recibido la herida en el muslo, pero se había escabullido discretamente. Hizo levantar al que había sido molido a palos. Estaba aturdido, babeaba y era absolutamente incapaz de fijar la mirada, bizqueaba continuamente y ponía los ojos en blanco.

—¿Quién os ha contratado?

El esbirro volvió a bizquear y trató de escupir. No lo logró. Flutek hizo una señal con la cabeza y el tipo se llevó un palo en los riñones. Mientras intentaba coger aire, soltando un silbido, le volvieron a dar. Con un gesto indolente, Flutek ordenó que se lo llevaran.

—Ya nos lo contarás —le prometió—. Todo. Conmigo, nadie se queda callado.

Flutek se volvió hacia Reynevan, que seguía apoyado en el muro.

—Preguntarte por tus sospechas sería un insulto a tu inteligencia. Por eso te lo pregunto. ¿Tienes alguna sospecha de quién puede ser el responsable?

Reynevan sacudió la cabeza. Flutek también la sacudió, en señal de aprobación.

—Ya me lo contarán esos perdonavidas. Conmigo, nadie se queda callado. Hasta Martínek Loquis acabó por hablar, y mira que era duro y obstinado ese chisgarabís, ese visionario, auténtico mártir de la causa. Esos truhanes, contratados por unos cuantos grosches prerrevolucionarios, largarán lo que haga falta nada más ver las herramientas. Pero, de todos modos, pienso mandar que les calienten bien. Por pura simpatía hacia ti, su víctima frustrada. No me des las gracias.

Reynevan no le dio las gracias.

—Por pura simpatía —prosiguió Flutek—, voy a hacer otra cosa por ti. Voy a permitirte vengar personalmente la muerte de tu hermano, con tus propias manos. Sí, sí, has oído bien. No me des las gracias.

Reynevan tampoco le dio las gracias en esta ocasión. Por otra parte, las palabras de Flutek aún no habían acabado de llegar hasta él.

—Dentro de un tiempo, uno de mis hombres se presentará ante ti. Te dirá que te dirijas a la plaza de Staré Mesto, a una casa llamada El

Caballito Dorado, la misma en la que hemos estado charlando hoy. Preséntate allí sin demora. Y lleva una ballesta. ¿Te acordarás? Muy bien. Adiós.

—Adiós, Neplach.

No hubo más contratiempos. Ya era de noche cuando Reynevan llegaba a la esquina de las calles Stepánská y Na Rybnícku, a una casa con un cuartito en el piso de arriba que le había alquilado, a medias con Sansón Mieles, a la señora Blazena Pospíchalová.

A la viuda, de unos treinta años, de un tal Pospíchal, a quien Dios tenga en su gloria, *requiescat in pace*, quienquiera que hubiera sido, hubiera hecho lo que hubiera hecho, hubiera vivido como hubiera vivido y hubiera muerto como hubiera muerto.

Abrió muy despacito el portillo que daba al jardín, entró en el zaguán, donde no se veía tres en un burro. Puso mucho cuidado en que la puerta no chirriase y no crujieran los peldaños de la vieja escalera. Siempre hacía lo mismo al volver a casa. No quería despertar a doña Blazena. Le preocupaban las consecuencias a que pudiera dar lugar la confrontación con la señora de la casa si se topaba con ella a oscuras.

A pesar de todos sus esfuerzos, los escalones hicieron un ruido infernal. Se abrió una puerta, brotaron efluvios de *l'eau de la reine de Hongrie*, de rosa, de vino, de cera, de mermelada, de madera vieja, de sábanas recién lavadas. Reynevan notó cómo un brazo rollizo le rodeaba el cuello y un par de pechos rollizos le acorralaban contra el pasamanos de las escaleras.

—Hoy toca celebrar —le susurró al oído doña Blazena Pospíchalová—. Hoy es fiesta, rapaz.

—Doña Blazena... Acaso... Habría que...

—Tú calladito. Ven.

—Pero...

—Calla.

—¡Yo quiero a otra!

La viuda lo arrastró hasta su habitación, le hizo echarse en la cama. Reynevan se sumergió en las profundidades del edredón, que olía a almidón, se hundió, paralizado por la blandura de las plumas.

—Yo... quiero... a otra...

—Pues quiérete a ti mismo.